

SERMON

PARA LA FESTIVIDAD DE LOS
SANTOS REYES MAGOS

Ubi est qui natus est Rex Judaeorum!
Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et
venimus adorare eum.

*¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha
nacido! Vimos su estrella en el Oriente y
hemos venido á adorarle.*

S. Mat. c. 2, vers. 1, 2 y 3.

El Evangelio no podía proponernos un ejemplo mas propio para convencernos de que el destino de los hombres con respeto á la salvacion no es igual para todos, que la historia del misterio de este dia. De un lado vemos á los Magos, nacidos, como sus padres, en el seno del error, á quienes el sol de justicia viene á visitar desde lo alto para conducir sus pasos por el camino de la paz, y que saliendo de las sombras profundas de la muerte, abren desde luego los ojos al resplandor de esta luz divina; del otro vemos á los judíos, educados, como sus padres, en el seno de la verdad misma, y que en medio de la luz cuyo brillo les deslumbra, sienten sobre su corazon un espeso velo de tinieblas que les ciega. Los Magos, como

como aquel carro misterioso que vió Ezequiel, cuyas ruedas animaba el espíritu de vida en medio de los aires, corren con ardor llevando la fe victoriosa y triunfante, arrastrando, puede decirse, en pos de sí la idolatría cautiva, y el paganismo encadenado, para sujetarle á la cuna de Jesus naciente. Los judíos, animados por un espíritu de vértigo y de error, obstinanse en su ceguedad; y semejantes, dice San Agustin en un sermón sobre este misterio, semejantes á aquellas piedras que muestran el camino á los viajeros sin seguirles jamás, se mantienen inmóviles descubriendo á los demás las verdades que ellos mismos no querian conocer.

Tal es el misterio que propone hoy la Iglesia á nuestra consideracion: misterio de consideracion y de justicia, en el cual, vemos que el Señor, segun sus altísimos juicios y su adorable voluntad, escoje á los unos para la santificacion y la gloria, y deja á los otros en el abandono y en la mas espantosa ceguedad: misterio que viene á ser una prueba anticipada de aquel oráculo del Hijo de Dios: «muchos vendrán del Oriente y del Occidente á ocupar un puesto en el reino celestial, mientras los hijos del mismo reino serán lanzados de él como extrangeros.» No intentemos descubrir este secreto impenetrable: tan temeraria investigacion nos precipitaria, dice el mismo Santo Padre, en el abismo del error: *quem trahat, noli dijudicare, si non ris errare.* Humillémonos reconociendo nuestra ignorancia; adoremos en el temor y el silencio la obra de Dios, envuelta en la noche de la fe, y esclamemos con el Apóstol: *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!* ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduria y ciencia de Dios! ¡Quién comprendió los juicios del Señor! ¡Quién ha entrado jamás en el secreto de sus consejos! Lo único que nos importa saber, porque nos importa personalmente, es que todo el misterio que en este dia celebra la Iglesia, gira precisamente sobre las diversas disposiciones de los Magos y de los judíos: tal es la doble consideracion que el Evangelio nos propone, haciéndonos ver en los primeros el mas brillante modelo de una fe

perfecta, así como en los últimos el mas terrible ejemplo de una consumada infidelidad. Abrazo, pues, este doble asunto, para seguir con mas exactitud el Evangelio. Imploremos la divina gracia para conseguirlo. Ave María.

Primera parte.

El don sobrenatural de la fe, este rayo emanado del sol de justicia, ¿qué efectos admirables no producirá en el hombre á quien anima? Dócil á la luz que se le presenta, discierne sus movimientos para seguirlos con prontitud: firme y generoso en las verdades que forman su objeto, las conserva siempre impresas en el corazon para confesarlas con valor é intrepidez en las ocasiones; fiel y santamente ilustrado en las verdades que se le proponen, las cree con sumision á pesar de las tinieblas sagradas en que están envueltas: tres cualidades edificantes de la fe de los Magos que darán lugar á muy imponentes reflexiones.

Sumisos y dóciles á la primera señal de la gracia, siguen los Magos sin dilacion su movimiento; el Evangelio no pone intervalo alguno entre su vocacion y su obediencia. Esa señal es un astro que brilla en el cielo, y que anuncia haber venido al mundo el Salvador de las naciones. Su resplandor extraordinario llena los ojos de los Magos, y una luz interior les hace comprender su significacion. Apenas perciben ese fenómeno luminoso, se ponen en camino para adorar al nuevo Rey de los judíos: *vidimus et venimus*.

Prontitud admirable muy superior á nuestros elogios. A la verdad, ¡les faltaban pretextos especiosos y aun plausibles en la apariencia para no abandonar su pais, ni emprender tan dilatado y penoso viaje, por venir á ado-

rar á un Niño que acaba de nacer, á unos hombres imbuidos desde su infancia en todos los horrores del paganismo, distinguidos, nobles, ricos, poderosos, y acaso con derecho de exigir homenajes de sus súbditos? A unos hombres que pasan por sabios é ilustrados en todo el Oriente, superiores por consecuencia á las preocupaciones vulgares, y acostumbrados á no rendirse sino á la evidencia de las pruebas y de las demostraciones de la filosofía? Bien conoceréis hasta que punto el nacimiento, las preocupaciones, la educacion, la prudencia, el estado, el interés, el respeto humano, la política y la religion misma, parecian deber oponer obstáculos á esta tan pronta obediencia.

Sin embargo ninguna de estas consideraciones es capaz de detenerles cuando el cielo les llama; y así no se les ve limitar su atencion como meros filósofos, á examinar la naturaleza del fenómeno que acaba de presentarseles, ni formar tranquilamente proyectos para un remoto porvenir, ni ocuparse por largo tiempo en deliberar, á riesgo de que desaparezca el estímulo que les impele. Cristianos ya en el fondo de su corazon, comprenden perfectamente un punto capital de nuestra creencia: que una gracia desestimada es por lo regular una gracia perdida; que las operaciones del Espíritu Santo no sufren demora ni dilacion; que tienen su momento señalado; y que todo absolutamente se arriesga, si se deja pasar ese momento.

Ved aquí no obstante el error que deploramos muchas veces, y que no podremos nunca deplorar demasiado, en hombres que por otra parte se precian de cristianos. La antorcha de la fe se muestra con efecto; tal vez nos detenemos á observarla con placer, si se quiere, de no vernos envueltos en el destino de aquellas naciones en que no han penetrado jamás sus benéficos rayos; pero nos extraviamos de la senda que ella nos señala. La verdad habla; la escuchamos, la admiramos, procuramos acaso entenderla y la creemos por fin; pero en la práctica nos desentendemos de sus lecciones. Sin embargo, por re-

preensible que sea nuestra conducta, aun podemos gloriarnos de que somos los menos rebeldes á las luces de la fe; todavía oímos su voz con respeto. Pero, ¿cuántos hay que la desconocen, que exigen nuevos motivos para rendirse á la verdad que les llama, que quisieran nuevos apoyos para sostenerla, y que se quejan de no haber podido hallarlos, despues de un profundo estudio y de largas y penosas investigaciones! Quién no se llena de dolor al ver los progresos espantosos que hace entre nosotros esa raza incrédula y perversa, que está abusando tanto tiempo ha de la luz, y que pretende que el Señor le manifieste en los cielos un nuevo prodigio! Y para qué? Para ser como todo lo demás vano asunto de un exámen curioso ó de una estéril admiracion, nuevo motivo de indiferencia ó de incredulidad; materia de la burla ó de la blasfemia; ocasion de escándalo ó de impiedad, y terrible sello del endurecimiento y de la reprobacion. Se quisieran todos los dias nuevos prodigios, como si los oráculos de los profetas no fuesen para nosotros desde el origen del mundo, un lenguaje mas positivo y mas capaz de afirmarnos en la fe que los mismos prodigios: *Habemus firmiorem propheticum sermonem.*

Pero estos oráculos, continúan los incrédulos, están cubiertos con un velo oscuro é impenetrable; nada mas incierto que la aplicacion que de ellos se hace á los sucesos posteriores: su inteligencia sale de la esfera de nuestra comprension. Si á lo menos tuviésemos una señal sensible, que nos sirviera de guía en el camino que conduce á Jesucristo: si viésemos, como los Magos, brillar un nuevo astro en los aires, entonces nuestros homenajes se confundirian al punto con los suyos, y no titubeariamos en reconocer á Jesucristo por Hijo de Dios, que ha venido al mundo para redimirle. Ah! loca y criminal pretension; lenguaje hipócrita, que manifiesta á un tiempo la mala fe del impío y el desprecio que hace de las misericordias del Señor! Apelo aquí, católicos, á vuestra conciencia. Criados en medio del cristianismo ¿no tenemos mas luces para caminar que los Magos? En el tiem-

po en que vivimos, ¿no están ya descubiertos con toda la posible claridad los arcanos divinos, desconocidos de estos paganos? La fe ¿no está ahora mas desarrollada, mas difundida, mas aclarada? No conocemos con mucha mas distincion que ellos, la voluntad y los designios de Dios sobre nosotros? ¿Y qué otros medios mas eficaces quisiéramos que hubiese empleado el Señor para llamarnos? ¿qué luces, qué gracias podemos desear, que no nos haya dispensado? Pruebas, convicciones, argumentos invencibles, que obligan nuestra razon; monumentos eternos del establecimiento del reino de Jesucristo; testimonios brillantes de su Evangelio, sostenidos hasta la efusion de sangre por un prodigioso número de mártires; instrucciones, ejemplos, maravillas obradas y multiplicadas á nuestros ojos. . . . ¿qué digo? La luz nos envuelve por todas partes; la verdad nos oprime, por decirlo así, con todo su peso; ya no es una sola estrella la que brilla á nuestros ojos; es el cielo entero que nos ilumina; es el mismo sol de justicia que está en medio de nosotros, y que con sus resplandores nos deslumbra. ¡Y todavía nos atrevemos á pedir nuevas luces! ¡Hombres injustos! Estos gentiles ¿contaban con iguales auxilios en aquellas comarcas que cubrian las sombras de la muerte? Ah! un solo movimiento interior de la gracia los sojuzga y los hace dóciles; un vislumbre pasajero los mueve á abandonar sus bienes, su patria, su reposo; corren á la primera señal que se les da, y vienen con santa impaciencia á buscar al Salvador: *vidimus, et venimus.* ¿Qué no hubieran hecho, pues, si hubiesen sido prevenidos, estrechados y solicitados por tantos medios como nosotros? Pero ¿qué hará el Dios justo que adoramos, cuando algun dia nos ponga en paralelo con ellos? ¿qué dirá la reina del medio dia, cuando se levante en el juicio final contra los hijos de Israel? Esta es una reflexion que me contento con apuntar, para volver á ocuparme de los Magos, que ademas de la obediencia y prontitud de su fe, nos muestran su constancia, su celo intrépido y ferviente.

La estrella que les sirve de guía, por una providencia muy particular de Dios, se les oculta repentinamente apenas llegan á Jerusalem. ¿Era necesario mas para desconcertar á estos neófitos, y precipitarlos en el temor y la turbacion? No sin duda, si fuesen de aquellos espíritus inconstantes, versátiles ó infieles; de aquellos corazones desgraciadamente fluctuantes, que vacilan en la carrera de la virtud, y que al primer obstáculo desisten de las mejores resoluciones. Pero esta privacion súbita é inesperada, no les inspira desconfianza, duda ni inquietud; sino que, para suplir la falta de la estrella que no ven ya, los obliga á informarse del lugar donde ha nacido el nuevo Rey: *á dónde está el rey de los judíos que ha nacido?* tal es la atrevida pregunta que se atreven á articular con santa resolución y despreciando todo peligro.

Representaos unos extranjeros sin recursos y sin otro apoyo que el de su fe, en medio de una ciudad impía ó supersticiosa; ¿qué es lo que encuentran en ella? Una corte acaso la mas perversa que se ha visto jamás; en el trono, un Rey usurpador, desconfiado por carácter y por necesidad, cruel para asegurar la duracion de su tiranía; en el santuario, pontífices y doctores orgullosos, hipócritas, suspicaces, soberbios y malvados: un pueblo ciego, sedicioso, enemigo declarado de toda otra nacion. Venir á hablar al uno del nacimiento de un rey de los judíos; informarse de los otros, y concitar por tal medio su celo y su furor, propagar, depuestos generosamente todos los respetos humanos, una novedad tan sorprendente en el recinto de Jerusalem: ¡qué de inconvenientes, qué de sospechas, qué de inminentes riesgos! Ved aquí, sin embargo, á lo que se esponen los Magos declarándose adoradores del nuevo Rey, y preguntando por el lugar de su nacimiento: *¿ubi est qui natus est?* Ved aquí un valor que raya en el heroísmo, digno de toda la perfeccion del Evangelio; pero valor que se muestra antes del Evangelio.

Una multitud de mártires ha confesado el nombre de Jesucristo ante los jueces y tiranos del mundo, es ver-

dad; pero las pruebas de su divina mision se hallaban ya establecidas; ya su ejemplo habia precedido, su palabra estaba anunciada, sus milagros habian sido publicados, y manifesta estaba su ley. Aquí unos hombres que acaban de salir del seno del paganismo, previenen, por una confesion pública, todos estos argumentos invencibles de la Religion cristiana: arrostran intrépidamente los insultos y la muerte; están prontos á derramar su sangre; y la fe firme que tienen en el Rey futuro que acaba de nacer, no les permite temer el furor del rey presente, que puede quitarles la vida. Católicos ¿tenemos nosotros las mismas dificultades que vencer, para manifestar exteriormente nuestra fe cuando los impíos la atacan con sus sofismas y sus burlas? Sin tribunales ni tiranos á quienes hayamos de temer; ¿confesamos en estas ocasiones á Jesucristo, defendemos sus intereses, y nos declaramos públicamente sus adoradores y discípulos? Ah! en vez de tributar obsequio á nuestra fe, profesándola segun las reglas de una Religion pura y santa, la deshonramos con escándalos de que está llena la cristiandad en nuestro siglo: escándalos de libertinage y de irreligion; escándalos de indiferencia, de cobardía y de respeto humano, en materias en que se interesa la fe. Otra reflexion en que debéis deteneros para juzgar de vuestras disposiciones hácia Dios. Sigamos ahora los pasos de los Magos.

Por un rasgo particular de la Providencia, estos paganos fieles oyen de boca del mismo Herodes cuál debe ser el lugar donde ha nacido el Salvador; y Dios en tal ocasion, quiere consolar la sinceridad de su celo con el cumplimiento de sus votos. Parten de Jerusalem, dice el Evangelio, y al mismo tiempo la estrella que se habia ocultado, vuelve á presentarse y á marchar delante de ellos: *et ecce stella, quam viderant, anteedebat eos.* Pero ¿en dónde se detiene, qué es lo que encuentran en el lugar que les señala? Ved aquí lo que yo llamo el triunfo y la consumacion de una fe perfecta, que les hace sostener la mas delicada prueba, y los somete humildemente al mas inefable de nuestros misterios, á pesar de to-

das las apariencias contrarias. Porque al fin, la hermosura de este nuevo astro, que habian comenzado á ver en su país, les habia dado sin duda una idea magnífica de aquel cuya venida anunciaba. No habian podido observar que el cielo se interesase en su gloria con tanta pompa y magestad, sin que su imaginacion se le representase desde luego superior á todos los príncipes del mundo; y el mismo Evangelio nos deja conjeturar que esperaban hallarle en la capital de Judea, adorado públicamente como tal Dios: sobre los altares, ó reverenciado á lo menos sobre un trono brillante como Rey, el mas grande del universo. Pero ¿qué es lo que van á ver? La estrella que les habia abandonado vuelve á aparecer, y esta vista reanima su fervor; marchan bajo su direccion; se detiene: ¿en dónde, pregunta el grande Agostino? *supra ubi erat puer.* ¿Era allí en donde habian de encontrar á Aquel á quien venian á rendir sus homenajes? en dónde está ese Rey, su palacio, su corte? ¡O maravilla de entusiasmo y de fe! exclama el mismo Padre. *Entran; y qué es lo que ven? un Niño recostado en un pesebre, puerum in presepio;* un Niño, que parece despreciable por su debilidad, su pobreza, su miseria; *exiguus corpore, contemptibilis paupertate.* Estaba, pues, allí el objeto que buscaban con tanto ardor? ¿Con qué habian renunciado todo para hallar no mas que un Niño miserable y abandonado? ¿Qué prueba, mirada bajo todos aspectos, para unos filósofos nacidos y educados en país idólatra, en el seno del error! ¿Qué apariencias! ¿Qué aparato! Sin embargo, bajo estos velos humillantes, bajo tan despreciable exterior, confiesan sin vacilar á Aquel á quien el cielo ha enviado al mundo para ser el Salvador de las naciones. Apenas le perciben en ese estado, se postran á sus pies para adorarle, y ante él humillan sus cabezas: *et procidentes adoraverunt eum.* ¡O prodigio de la fe de los Magos en un misterio el mas impenetrable de todos los que nos propone la Religion!

¿Hay algun misterio que se encubra con tan profundas tinieblas como las humillaciones del Hombre-Dios?

¿Qué se puede comprender en un misterio en que el Dios de la gloria aparece reducido á un estado de abatimiento y en que la sabiduría divina es tratada de locura? Aquí la razon asombrada se turba y se confunde; y los hombres indóciles y temerarios, que pretenden medir la sumision de la fe por las ideas limitadas de su entendimiento, convierten en materia de escándalo el misterio del amor de un Dios; misterio en el cual derrama á manos llenas sus misericordias. Hombres de poca fe; ¿por qué os turbais? *Quare turbati estis?* ¿No os basta que este adorable misterio esté probado por testimonios superiores que no pueden engañar vuestra fe? Espíritus débiles y orgullosos! no os empeñéis en comprender lo que está fuera del círculo de la humana inteligencia: contentaos con saber lo que Dios se ha dignado revelarnos: *altiora te ne quaeris.* No concebireis jamás este misterio razonado sino cautivando vuestro entendimiento bajo el yugo de Jesucristo. Espíritus débiles y orgullosos: humillad vuestras cabezas á los pies del Salvador que nace, como lo han hecho tantos hombres grandes, tantos ingenios sobresalientes: postraos ante su pesebre con el universo convertido, y adorad temblando la suprema inteligencia, única que puede comprender toda verdad.

Pasemos adelante: despues de haberos propuesto en las personas de los Magos, un modelo de la mas perfecta fe, voy á mostraros en los judíos un ejemplo de la mas consumada infidelidad.

Segunda parte.

Cerrar la entrada en el entendimiento y en el corazón á la verdad que nos ilumina y solicita; indignarse contra la misma verdad, cuando uno se ve obligado á reconocerla: encontrar su pesar y su confusion en la verdad cuan-

do se forma empeño en combatirla, es sin contradicción lo que bajo todos aspectos puede llamarse una infidelidad consumada. Pues ved aquí precisamente el carácter de Herodes y de los judíos, de quienes nos habla hoy el Evangelio: infidelidad voluntaria y obstinada; infidelidad ciega é insensata; infidelidad confundida y castigada por sí misma. Continúa prestándome vuestra atención.

Infidelidad voluntaria, afectada y pertinaz: los judíos tenían todas las luces necesarias para conocer la verdad. Herederos de la tradición de sus padres desde el origen del mundo, y depositarios de los libros santos, los oráculos divinos resonaban en medio de ellos, con exclusión de todo otro pueblo. Instruidos en la escuela de los Profetas y versados en la ciencia de las Escrituras, objeto de todo su estudio, nada ignoraban de cuanto se había dicho del Mesías prometido en Israel. Sabían que el tiempo de su venida, anunciado por la famosa predicción de Daniel, estaba próximo; y animados además por otras muchas circunstancias de que eran testigos, vivían esperando su inmediato cumplimiento. Entonces Dios, queriendo despertar mas particularmente su atención sobre este gran prodigio, llama del fondo del Oriente á unos personajes que vengan á anunciarles que el Salvador ha nacido, y á aprender de ellos, á su vez, el lugar de su nacimiento: *ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolimam*. ¿Era preciso mas! La verdad podia manifestárseles con mayor evidencia? Sin embargo, ¿qué señales han dado de su fe en esta ocasion? Ni un solo paso; ninguno de ellos se determina á acompañar á los Magos hasta Babilen. El suceso mas notable del mundo, la nueva mas interesante, los deja frios é innóviles; y sin salir de Jerusalem, abandonan á unos paganos, á unos extranjeros, el cuidado de reconocer al nuevo Rey; y les ceden la dicha de poder adorarle los primeros.

Disposicion extraña, cuya mera observacion es capaz de inspirar el odio mas vivo hácia los judíos. Hombres ciegos ¿hasta cuándo los oráculos de la verdad se dejarán oír en vano en medio de vosotros? ¿hasta cuándo la luz

es iluminará inútilmente! Dios ¿os sufrirá siempre en vuestra obstinada resistencia? *Quosque patiar vos?* Tal es la increpacion que Jesucristo les dirige despues; increpacion que no podemos dejar de aplaudir, porque sentimos toda su justicia. Pero ¿son los judíos los únicos que merecen esta justa increpacion? ¿no puede dirigirse tambien hoy á la mayor parte de los cristianos? Ah, católicos! la luz nos alumbra por todas partes; los brillantes testimonios de los misterios ya cumplidos nos deslumbran; el Evangelio no es ya un libro sellado para nosotros; sabemos todas sus leyes; y sin embargo ¿qué consecuencias prácticas sacamos de él para la reforma de nuestra conducta? Jesucristo está en medio de nosotros, y la mayor parte no le conoce, y casi ninguno le busca, y toda nuestra vida se pasa en privarnos cruelmente de los divinos efectos de su presencia y de sus misterios. Poseemos el tesoro de la doctrina; los libros santos están en nuestras manos; nos hallamos en estado de mostrar á los demás las sendas de la justicia; y nosotros andamos extraviados! Las almas sencillas siguen el buen camino; los publicanos, los extranjeros entran en la herencia; y nosotros, hijos del reino, en medio de Jerusalem, donde tantas veces nos llaman, nos mantenemos sordos é insensibles, dejando pasar inútilmente los mas bellos dias de salvacion!

Una infidelidad ciega é insensata, es el segundo carácter que se descubre en la conducta de los judíos y del príncipe impío que ocupa el trono de David. . . . Apenas oye Herodes la noticia del nuevo Rey, se turba, y con él toda la ciudad de Jerusalem: *turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo*. Esta nueva importantísima, que merecia ser anunciada por boca de los Angeles á todos los reyes de la tierra, y que debía en particular colmarle de alegría con todos sus súbditos, le amedrenta; le desconcierta y le precipita en un abismo de mortales inquietudes. Luego al punto procura instruirse de ella á fondo. Hace venir á los Magos para informarse precisamente del tiempo en que se ha mostrado la estrella: congrega á

los príncipes de los sacerdotes y doctores de la ley, y de ellos escucha los oráculos mas formales de los Profetas, relativos á la venida del Mesías; y meditando sobre este doble testimonio, que debia ser mas eficaz para obligar su sumision, concibe el impío y bárbaro designio de dar muerte á Jesucristo, para asegurarse en el trono de Israel que habia usurpado.

¿Se ha visto jamás una contradiccion de sentimientos mas asombrosa, y un exceso mayor de estravagancia? Porque, como discurre el grande Agustino, si Herodes no cree el nuevo suceso que se le anuncia ¿a qué viene tanto temor y tanta desconfianza? Pero al contrario, si no puede menos de tener por un hecho cierto el nacimiento del Mesías, ¿cómo puede figurarse que un miserable mortal alcance á impedir los efectos de su venida, y á derribar de un solo golpe la obra mas admirable de Dios?

Así una pasion estravagante y loca ciega á este príncipe tirano é insensato; pretende destruir al que el cielo envía, y aniquilar las promesas y las predicciones de tantos siglos; es decir, confundir públicamente al mismo Dios, y convencerle de falsedad y de mentira á la faz de todo el universo! Pero el que ha venido al mundo porque ha querido, no le dejará hasta que haya consumado su ministerio.

Pues ved aquí calificadas con cierta proporcion las disposiciones interiores de una infinidad de cristianos; y lo insensato de un desórden que apenas se podría creer si el desarreglo de las pasiones no nos ofreciese todos los dias este espectáculo espantoso. No hablo aquí solamente de esas almas vendidas á la iniquidad, que la Religión mira con mas desprecio, que indignacion; de esos hombres furiosamente impíos que, dominados por el delirio de un corazon sensual, mas bien que ofuscado su entendimiento, quieren, por decirlo así, armarse contra el cielo á ejemplo de este príncipe, y hallar en sus insanos pensamientos un recurso, contra la verdad, como si pudieran debilitar su fuerza ó frustrar sus efectos. Hablo

mas particularmente de tantos mundanos, que á pesar de todas las convicciones interiores de la Religión, se ciegan tratándose de sus extravíos, como si estuviese en su mano evitar sus funestas consecuencias. La antorcha de la verdad brilla á sus ojos en toda su claridad; la fe los persigue y los condena; la conciencia los estrecha, los oprime y los tiraniza infatigablemente con crueles remordimientos: se les exhorta, por otra parte, se les advierte que van á perecer sin recurso, pero no importa; las pasiones los arrebatan y les ponen una venda en los ojos. Herederos desgraciados de la locura de Herodes y fieles imitadores de su conducta, obran propiamente como si esperasen poder triunfar del mismo Dios, hacer vanas sus amenazas y falsificar algun dia todo lo que ha dicho. Tal es el exceso de esta infidelidad, muy comun en los tiempos presentes. Pero ¿cuáles son los resultados? el de verse confundida y castigada por sí misma; tercer carácter que nos hace volver á entrar naturalmente en la historia del Evangelio de hoy.

Herodes arrastrado por su ambicion, apoyándose en las máximas de una política mundana, y cubriendo la impiedad de su designio bajo el velo de una detestable hipocresía, asegura á los Magos que quiere ir como ellos á adorar al nuevo Rey, y les encarga expresamente que vuelvan á informarle despues que le hubiesen visto: *Renuntiate mihi; ut et ego veniens, adorem eum.* Pero Dios, que penetra el fondo de sus pensamientos, frustra su ejecucion de una manera muy propia para confundirle. Herodes se ve burlado por los mismos Magos, que en vez de regresar á satisfacer su maligna curiosidad, se retiran á su país por diverso camino. Este desprecio que los Magos hacen de su mandato, le inspira una cólera violenta, y al punto expide un bárbaro decreto para que sean degollados todos los niños de la comarca de Belen, lisonjeándose de envolver en esta matanza inaudita, al Rey recién nacido, objeto de toda su rabia. Nueva persecucion inútil, nuevo desacierto! El niño que el tirano

se propone exterminar, es precisamente el único que evita su furia; por una orden expresa del cielo, se encuentra ya trasportado al Egipto. Insensata ambicion de un príncipe impío, de que no ha habido ejemplo! Su crueldad no sirve sino para publicar por todas partes, contra su intencion, el nacimiento del Mesías, y para hacer su advenimiento mas célebre en toda la Judea. Herodes encuentra su castigo en los medios de que se sirve para satisfacer su pasion. Muere trágicamente cuando cree haber arrebatado la vida á Jesucristo; y no recoge por fruto de su política en todos los siglos futuros, mas que la reputacion infame de hombre bárbaro é insensato.

Así es como Dios nos muestra hoy que el universo no tiene mas que un solo Señor, y que todo está en su mano, la vida y la muerte, la naturaleza y la gracia, los imperios y los reyes, sus Estados y sus voluntades; y que por consiguiente, no hay consejo, ni providencias, ni precauciones que tomar contra él. La iniquidad se ve tarde ó temprano confundida, y la verdad triunfa, despues de haber sido en la apariencia, vano juguete de los insanos pensamientos de los hombres.

Católicos: Dios nos habla en este dia de una manera demasiado eficaz y patética para que dejemos de escucharle; su Evangelio no podia proponer á nuestra atencion objetos mas grandes é interesantes. Unos gentiles, nacidos en las tinieblas del error, siguen la luz del cielo, y llegan al conocimiento y al amor de la verdad; al paso que los hijos de Abraham, educados en el seno de la verdad misma, se ciegan, y mueren en el error y en el pecado. Nosotros hemos heredado la fe de los primeros: ¿queremos vivir y morir en la infidelidad de los últimos?

¡Dios de nuestros padres! soberano Señor de todas las naciones, de quines os dignais hoy recibir las santas primicias, por el homenaje de los Magos que habeis atraído á vuestro pesebre; resuscitad en nosotros en este momento todo el espíritu de esa divina vocacion: gracia preciosa, cuya memoria celebramos con toda la Iglesia en este gran dia: gracia inestimable, justamente negada á

tantos otros. Haced ¡oh Dios miol que su incesante recuerdo sea perenne causa de nuestro mas vivo reconocimiento, y que las máximas de vuestra santa ley sean de hoy mas la regla exclusiva de nuestra conducta, á fin de que merezamos gozar eternamente en la gloria el fruto de vuestras divinas promesas. Amen. (1)

(1) Anónimo. Revisado por la censura.

SERMON

DEL SANTO NOMBRE DE JESUS.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DEL CONVENTO DE STA. CATALINA DE PUEBLA, EL 16 DE ENERO DE 1853, POR EL

Sr. Presbitero D. M. G. Mendez,

CURA DE SAN MARCOS.

In nomine Jesu Christi Nazareni, surge et ambula.

En el nombre de Jesus Nazareno, levántate y camina.

De actib. apóstol, cap. 3.

1. En el reinado de la ley de Moisés, dada al pueblo hebreo para su gobierno social, religioso y moral, se estableció la Circuncision, como señal indeleble y misteriosa, impresa en los cuerpos de los hijos de la nacion privilegiada, para distinguirlos de los de otras que quedaron excluidas de la grande alianza que Dios nuestro Señor celebró con su pueblo por el alto ministerio de su legis-

lador. El dia mismo en que por esta ceremonia se vertia la sangre del recién nacido, se daba á este el nombre que debia llevar sobre la tierra; y cuando el Unigénito de Dios, cumpliendo con la ley, se sujetó á esta práctica y por ella fué vertida por primera vez su preciosa sangre, tuvo derecho, como Rey del cielo y de la tierra, á que se le impusiera un nombre el mas elevado é ilustre que indicase que descendia por ambas lineas, de una familia real y de una tribu la mas privilegiada y gloriosa.

3. Los emperadores, los conquistadores de fortuna y celebridad, los hombres de siglo, añaden siempre á sus glorias un fastuoso nombre que comprenda sus dinastias, sus hazañas y proezas. Pero el Hijo de Dios verdadero, para enseñarnos, desde su humilde nacimiento en un pesebre, hasta su afrentosa muerte en una cruz, las virtudes de la abnegacion y humildad, desdeñó ver la luz primera al través de telas tachonadas de oro y en medio de la opulencia de un mundo vano y ostentoso; y cumpliendo con el precepto de la Providencia comunicado por el ministerio del Arcángel Gabriel á María Santísima el dia de su anunciacion, indicando el nombre que habia de llevar en su vida inmaculada, el fruto de su vientre virginal, para llenar los altos fines de la eterna sabiduría, quiso tomar, y de facto tomó, el de Jesus ó Salvador, que aunque desconocido é inusitado de sus predecesores y contemporáneos, por carecer de una significacion de excelsa categoria, él se hizo grande, adorable y santo para su posteridad, porque por su virtud la habia salva de la proscriccion eterna, dando vida, salud y gloria á los que le invocasen con tanta pureza de fe, cuanto fué la magnitud de la misericordia que dictó tan dulce nombre.

3. Antes del nacimiento de Jesus, podía gemir el pobre, quejarse el esclavo, llorar el huérfano y desesperar de su felicidad el misero proscrito. El Olimpo no estaba poblado sino de risueñas pero falsas divinidades: la riqueza, la gloria, el deleite, tenían sus dioses; pero la adversidad y el infortunio carecían de un númen tutelar y

clemente. Ahora que el nombre de Jesús nos recuerda que él pertenece al Salvador del género humano, quien desde tierno Niño tuvo que huir de la tiranía de los hombres y mas tarde fué perseguido, azotado y muerto por ellos, todos nuestros dolores, miserias y angustias, tienen ya un nombre que nos asegura, un oído que los oye, un ojo que los mira, una mano que los alivia y una esperanza que los consuela.

4. Del adorable nombre de Jesús emanan todos los consuelos del Cristianismo, y desde que en la puerta espaciosa del templo de Salomón fué invocado por el Apóstol S. Pedro, dando por su virtud y por la fe, la salud y la vida al mendigo infeliz, que resignado á sufrir con paciencia su parálisis congénita, pedía mas que un remedio para ella, una moneda con que subvenir á las necesidades de su misera vida: desde que el sucesor inmediato del sumo sacerdote, enseñando y practicando las virtudes evangélicas santificó su pedido con estas palabras: «el oro y la plata no son de mi dominio; lo que tengo te doy. En el nombre de Jesús Nazareno levántate y camina.» *In nomine*, etc., y el parálítico fué sano; y con presteza y agilidad corrió hácia el tabernáculo del templo dando gracias y publicando los milagros de los discípulos del inocente Maestro; desde entonces, repito, el santo nombre de Jesús no ha cesado de dar á los que le invocan con fe viva, firme esperanza y santa veneracion, los bienes todos que la sangre inmaculada vertida en el Gólgota conquistó para engrandecer al pueblo redimido por ella.

5. El hecho ortodoxo y venerable del príncipe de los Apóstoles, trasmitido por sus actas hasta nosotros, me dá Señores en este respetable puesto, derecho para proponeros como objeto de mi humilde discurso: que por el sacrosanto nombre de Jesús, el pecador que yace en el fango de la culpa, se levanta de tan miserable estado. *Surge*, y animado por la divina gracia que él le alcanza, camina con firmeza por el sendero de la felicidad eterna: *et ambula*. Interesada la Virgen Maria en las glorias del

nombre de su Hijo santísimo, debemos suplicarle y esperar me alcance un destello de la gracia del Espíritu Santo para proceder á mi objeto, y al intento saludémosla con la Iglesia. *Alma redemptoris Mater*.

In nomine Jesus, etc.

6. ¡Terribles condiciones las de un proscrito! Odiado de su soberano, expulso y declarado fuera de las leyes protectoras de la patria; olvidado de sus amigos; destituido de toda esperanza de recobrar los derechos y goces de su libertad; y agitado de un remordimiento cruel que le recuerda incesantemente el crimen que le ha hecho merecer tan innoble marca, y le notifica sordamente su comparecencia ante la inexorable justicia, que le amenaza con el condigno castigo de sus yerros, el proscrito se pierde anegado en un mar de funestas meditaciones que le anuncian el infalible término de sus estravíos, y le inclinan á precipitarse en el despecho y desesperacion, con que tal vez termina una vida que nada tiene ya de apetecible. Igual, si no mas lamentable es la posicion del pecador temerario, que sumido en el fango de la maldad, sordo á las frecuentes insinuaciones de la gracia, siente sin embargo en su corazon, aun en el centro de los goces de sus desenfrenadas pasiones, el constante remordimiento de una conciencia que á cada instante le pone á la vista su iniquidad sin límites, perturbándole el aparente reposo y tranquilidad de su espíritu. El tiembla á la consideracion del momento inevitable en que la divina justicia le llame á dar cuenta de su vida, y de la inversion de los dones que la Providencia puso en sus manos para el logro de su eterna felicidad. El se estremece á la representacion del airado semblante del supremo Juez, que tanto temieron los santos; y suda y desmaya, al figurarse oír la terrible sentencia de su destino infeliz, y confundido y exánime entre meditaciones crueles, sin encontrar recurso favorable á que apelar para volver á la gracia de la magestad altamente ofendida, el pecador va á precipitarse por sí mismo en el abismo del despecho y desesperacion, y á invocar tal vez en aquel momento el

nombre del príncipe de las tinieblas, á quien sin remedio pertenece. ¡Ah! pero el Hombre benéfico y divino, que para su bien se ofreció voluntariamente á sacrificarse en el Gólgota, desde donde arrancó de la mano de Dios un decreto de muerte y reprobacion que se habia dado contra el género humano, para fijar en la Cruz y sobre su cabeza abatida por la muerte el de indulto y reconciliacion, él le detiene por su propia mano en el borde del abismo, y allí mismo le inspira invocar el santo nombre del Salvador del mundo, por cuya virtud, el pecador no solo se detiene, sino que se levanta y retrocede del camino de la perdición: *In nomine Jesu, surge* é iluminado con un destello de la luz celestial, advierte la senda de su remedio, siente la eficazísima influencia de la gracia que enciende su fe, alienta su esperanza y anima su caridad, le hace abundar en los mismos sentimientos y palabras del hijo extraviado de la parábola, diciendo: «me levantaré é iré á los brazos de mi padre, quien me recibirá misericordioso, porque he invocado su santo nombre de Salvador, nombre que para mi remedio adopté en el momento de la primera efusion de su preciosa sangre.» ¡Oh nombre de Jesus santo y misericordioso! ¡Oh nombre sobre todos los nombres admirable y bendito! Invocado serás en todos los siglos y por tí se dará el perdón y la misericordia á todos los pecadores.

7. En efecto, mis hermanos, ¿cuál nombre encontrará el cristiano de mas poder, de mas consuelo y de mas gloria, en sus miserias, en sus infortunios, y aun en sus mismas aberraciones? El nombre santo de Jesus es el bálsamo consolador, que vertido en las heridas y úlceras fétidas del corazon humano, las sana y cicatriza, borrando hasta las señales é impresiones de la impureza del pecado. El nombre de Jesus, llevado por la fama de su santidad y misericordia, al extraviado país de Magdalo, trásmetido á los oídos é impreso en el obstinado corazon de Maria Magdalena, objeto de las adoraciones lúbricas y tipo de hermosura y liviandad, le inspiró, como por uno de los encantos de la gracia, aquella proverbial contri-

cion y llanto, con que arrojándose á los pies del Salvador, sin atreverse á mirar su rostro celestial, logra el perdón y olvido de sus enormes crímenes, y la distincion amorosa con que en lo de adelante fué vista por su divino Maestro. El nombre de Jesus Rey de los judíos, inscrito en la Cruz y grabado milagrosa é instantáneamente en el corazon del foragido Dímás, en los momentos de su ignominiosa y merecida muerte, le inspiró aquellas palabras: *Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* «Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino,» por medio de las cuales, confesando la divinidad, inocencia y misericordia de Jesucristo, consigue el perdón absoluto de sus pecados y el premio eterno del reino de Dios. El adorable nombre de Jesus invocado fervientemente por la afligida Mónica, dictó al Angel del Señor el *Tolle Lege*, que inundando súbitamente de la divina gracia el magnánimo corazon de Agustino, le hace cambiar de los hábitos en que le tenian imbuido, su impiedad, orgullo y liviandades, trasformándole en el tipo de la mas ardiente caridad y mas noble ejemplar de verdadera penitencia, subsanando luego, con el ejercicio de todas las virtudes en grado heroico, y con los eminentes servicios de sus talentos y sabiduria prestados á la religion verdadera, todas las aberraciones de una vida pasada en el pleno goce de todos los placeres culpables. Por último, Señores, el santo nombre de Jesus ha hecho en todos los tiempos hasta los nuestros, innumerables conversiones de pecadores obstinados, inspirándoles desde luego correr á las saludables aguas de la penitencia, que haciéndoles levantar del estupor é imbecilidad del pecado, los purifica de todas las infecciones, y les robustece para caminar interiormente por la senda de la perfeccion evangélica: *Surge et ambula*, como lo veremos brevemente en las siguientes reflexiones.

8. Poco y efímero seria el provecho que el pecador consiguiera con solo levantarse de su pecado por medio del sacramento reconciliatorio, si él, estacionándose en

ese estado, no se esforzara á caminar hácia la última perfeccion, con la presteza y empeño que el Salvador del mundo nos recomienda frecuentemente en muchos pasajes del Evangelio, porque logremos el galardón y premio ofrecido á los que combatiendo hasta el fin, consigan el triunfo sobre las desordenadas pasiones del corazón. Conformarse con permanecer en el primer estado sin aspirar al segundo, expone sin duda al cristiano á caer en el extremo de la tibieza ó inacción, tal vez mas peligrosa para formarse una conciencia errónea ó insensible que puede volverle á sumir profundamente en el cieno de la iniquidad. Al paratítico del milagro venerable del santo Apóstol S. Pedro, que os he referido, no se le ordenó solo levantarse del lecho en que yacía inerte sin esperanza alguna de remedio, sino caminar después hasta el tabernáculo del templo á tributar fervientes gracias al Dios Todopoderoso en cuyo nombre se hizo su curacion, y á publicar prácticamente sus misericordias en el Santuario y ciudad de Jerusalem. Esto nos, advierte, mis hermanos, que cuando nosotros hayamos conseguido, en virtud del sacrosanto nombre de Jesus, nuestro levantamiento del inmundo fango del pecado, no debemos estacionarnos en tal estado, sino caminar luego con presteza y diligencia hasta el Sancta Sanctorum, á dar á Dios humildes y fervientes gracias y publicar sus misericordias por medio de la elocuente voz de la verdadera penitencia y del ejercicio constante de todas las virtudes evangélicas. Y ¡quién de los cristianos justos, al emprender esta gloriosa marcha no se ha propuesto invocar antes en su auxilio el nombre de Jesus, grabarlo indeleblemente en su corazón y seguirle en el espinoso camino de la abnegacion espontánea, confiado en que él le sostendrá y refaccionará en tan heroica empresa? ¡Quién lo ha hecho así y ha desmayado al principio ó medio de la carrera? ¡Quién siguiendo tan gloriosa enseña no ha triunfado al fin en el combate y ha dejado de obtener el galardón y corona del premio? Ninguno á la verdad. Todos los santos, sin exceptuar uno solo, invocaron el dul-

ce nombre de Jesus en su peregrinacion sobre la tierra, lo inscribieron particularmente en sus corazones, y siguiendo las dulces inspiraciones de su poder y misericordia, lograron el excelso lugar que hoy ocupan en la celestial Jerusalem en compañía de Jesus, unigénito de Dios. Su santo nombre dió fe y constancia á los Apóstoles; firmeza y valor á los mártires; entereza á los confesores; perseverancia á las vírgenes y gloria y honor á todas las jerarquías celestiales. Bajo el mismo santo nombre, los ministros y depositarios de las facultades del sumo sacerdote, dispensan á los fieles los sagrados Sacramentos, y les abren las areas de los tesoros de la Iglesia y las puertas del cielo. Este adorable nombre sostiene y guía á los sacerdotes en su espinoso ministerio: enciende el fervor y reanima los votos de las esposas castas de Jesucristo; alienta la esperanza y deseos de los justos; hace soportar al mismo afligido sus penas y trabajos; despierta al pecador proscrito del letargo en que la iniquidad le tiene sumido, le ofrece un apoyo seguro á su reconciliacion; y dando por último rabia y terror al infierno, inunda de magestad y gozo inefable la eterna mansion de los bienaventurados, de donde nos viene toda la felicidad de la tierra. *In nomine Jesu*, etc. En el nombre de Jesucristo Nuestro, etc. Este fué el magnánimo pensamiento que la inteligencia divina se propuso allá en los consejos de su eterna providencia para enviar al mundo al Unigénito de Dios, á reconquistar con su sangre los derechos á la eterna felicidad que el género humano perdió por el pecado. Esta idea mantuvo en el sagrado Corazón de Maria Santísima, aquella inimitable conformidad á la voluntad de Dios, por la cual se prestó á la Encarnacion del Verbo divino en su vientre siempre virginal y le dió aquella firmeza y valor inconcebibles con que soportó sus intensos dolores al frente de los padecimientos crueles y muerte afrentosa de su Hijo Jesus; y este deseo, por último, hizo adoptar al soberano del cielo y de la tierra, el nombre precioso de Salvador, desechando cualquiera otro pomposo y grande que pudo

haber adoptado en testimonio de su poder y magestad, pues solo él debió dar un sobrelleño á sus misericordias y amor, conservando su propósito de salvar á los hombres sus hermanos, en cuyo testimonio empeña todos los paternales afectos de su sagrado Corazon, desviendo, por decirlo así, en solicitud de la felicidad eterna que nosotros conseguiremos, si fervientes y humildes, con el corazon contrito y humillado, invocamos y grabamos en nuestros corazones el sacrosanto nombre de Jesus para levantarnos del inmundo lecho de la culpa, y caminar bajo sus auspicios por la senda de la verdadera penitencia, hasta lograr la santificacion que os deseo para siempre. Amen.

AL SEÑOR CAZADOR DEL D. JUAN DE ALCANTARA PAGANA

En la

ciudad de México

SERMON

PREDICADO POR EL ILLMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO,

Dr. D.

Pelagio Antonio de Labastida

Y DAVALOS.

EN LA PARROQUIA DE TENANGO DEL VALLE,

el 20 de Enero de 1878,

festividad del DULCE NOMBRE DE JESUS.

BIBLIOTECA CENTRAL